



QUÉDATE

ANA GARCÍA CRUZ



PRÓLOGO

La anciana cayó en la parte más oscura del corral, levantando una polvorienta nube de plumas. Algunas gallinas aletearon agitadas, como si pudiesen intuir lo que iba a suceder. Cacareos nerviosos, cloqueos ahogados, y unos misteriosos pasos sobre la paja, que se aproximaban a la mujer que diariamente las alimentaba.

El agujonazo que la había paralizado, todavía insertado en su nuca, tenía firma humana. Quiso decir su última palabra y proferir una amenaza, pero los efectos del veneno le constreñían la tráquea, privándole la respiración y alterando sus pulsaciones.

_He sido muy generoso, vieja. En pocos minutos estarás en el Infierno _aunque la voz del asesino carecía de cuerpo, no le era desconocida_. Descuida, se lo haré saber cuándo ya estés bajo tierra: *No sufras, princesa, la yaya la espichó rápido* _se jactó, sin remordimiento y con una naturalidad sobrecogedora.

Sin duda, no era la primera vez que mataba.

El Monstruo se agachó y volteo a la anciana, quería ver sus ojos mientras agonizaba y que ella viera los suyos y entendiera el móvil del crimen:

Solo él decidiría si su nieta pestañeaba, comía o bostezaba. Y la muerte era el castigo por intentar arrebatársela.

PRIMERA PARTE

BARCELONA:

La vie en rose

NUEVA YORK

Miércoles, 8 de febrero de 2012

Alexander

Los más envidiosos achacan mi éxito a mi buena estrella. Por supuesto, jamás he desmentido esa opinión desproporcionada que alivia sus frustraciones y enaltece mis méritos, pero podría afirmarse que hoy, el favorable comportamiento del clima, constata sus acusaciones. Sumisamente, como un guion pausado, el temporal de nieve remite en el mismo instante en que mi taxi cruza el río Harlem y abandona Manhattan y lo hace con tal precisión que, cuando mis impecables Fratelli Rossetti pisan la Terminal 4 del aeropuerto JFK, las máquinas quitanieves ya ultiman su trabajo sobre las pistas y el tránsito aéreo se reanuda, como por arte de magia.

Con la frescura del que ha dormido sus ocho horitas en una confortable *king size* y, posteriormente, ha desayunado en la mejor cafetería de la Quinta Avenida, zigzagueo resolutivo entre esos agobiados pasajeros que se desperezan y se ponen en pie como mochileros artríticos sin albergue. Desorientados y sonámbulos, se arrastran hasta los servicios sin un triste peine barato que llevarse a la cabeza, con la ilusión de recomponer lo insalvable. Ese inaguantable tufo a sudor revenido y a aliento

mañanero me incita a apretar el paso hasta la zona de embarque. De camino al mostrador sorteo a una pareja acampada en el suelo como un muro de contención, a niños gritando, a semi-humanos aseándose, con diminutas toallitas perfumadas. Gente de toda raza y color, que transporta consigo el aroma a perritos calientes, especias y ajo, a colonia barata y tabaco, a establo y grasa de motor; clase turista, por suerte, alejados del confortable refugio en *first-class*.

La azafata de tierra me dedica su mejor sonrisa. El billete en clase preferente y la infinidad de sellos en mi pasaporte, duplican su cordialidad. Después de tantas reclamaciones y caras de reproche, agradece despachar a un rostro atractivo y limpio, acompañado de un abrigo más que caro y unos modales exquisitos.

Siempre he tenido un gran concepto de mí mismo, hay quien lo llama narcisismo, yo lo llamo amor propio.

Puesto que aún queda tiempo para el despegue, doy un paseo por el *duty-free*, valorando las campañas publicitarias de las grandes marcas. Sin lugar a dudas, en Nueva York, la publicidad alcanza la categoría de arte. Entro en un quiosco y compro media docena de revistas: *Vanity Fair*, *Vogue*, *Elle*, *Cosmopolitan*, *GQ* y *Variety*, para amenizar las siete horas de viaje, captando ideas.

Ya estamos a principios de febrero e inevitablemente el *Valentine's Day* monopoliza los escaparates como una campaña política a favor de Cupido. A disposición de los enamorados, un aluvión de opciones: dulces de fantasía con forma acorazonada, joyas, perfumes, lencería picante, peluches adorables con los

que conquistar a la persona amada... Sin querer, esa apasionada tonalidad rojiza que inflama los establecimientos, me inspira un deseo tan excitante como insatisfecho. Qué puedo decir, incluso Superman sufre ante la kryptonita, y este triunfador, aunque me pese admitirlo, tiene muy mala suerte en el amor. Por enésima vez, exhalo ese suspiro de desolación que, como un apellido, siempre acompaña su nombre.

Con el ánimo deshinchado de repente, entro en un atestado Starbucks para tomarme el segundo capuchino de la mañana. Mientras espero ser atendido por un universitario pluriempleado ante el mostrador, la mujer que hace cola delante de mí manosea el *flyer* de un famoso musical de Broadway refrescándome una temeraria ocurrencia que tuve hace tiempo. Enseguida saco mi iPhone del bolsillo del abrigo y marco un teléfono con prefijo español.

Mi buena amiga Lorena responde al cuarto tono, con voz trasnochada.

_Pero bueno, Álex, ¿qué horas son estas de llamar? Me has fastidiado la siesta _replica, de mal humor.

_Ups, sorry _azorado, consulto el reloj que marca ambas franjas horarias: Nueva York-Madrid, en España son las cuatro de la tarde_. Si no es un buen momento...

Tras un largo silencio, destinado a incomodarme, Lorena se echa a reír.

_¡Pero mira que eres tonto! ¿Desde cuándo duermo yo la siesta? Estaba a punto de irme al *gym*. Además, tú nunca molestas, corazón. ¿Por dónde andas ahora? ¿Por Tokio? ¿Sídney? ¿Berlín?

_Por Nueva York, pero estoy de vuelta. Aunque, antes de volver a Barcelona, haré una pequeña escala en Londres para ver a mi... Amanda.

_¿Amanda? _me pregunta con picardía_. ¿Quién es esa Amanda, picarón? Oh, perdona... acabo de acordarme.

Lo dejamos ahí. Pocos entienden la inamovible condición impuesta por mi madre desde el mismo instante en el que articulé mi primera palabra: queda terminantemente prohibido desvelar nuestro parentesco. De mi boca jamás ha salido el entrañable: mamá, ni el respetuoso: madre, ni siquiera el desapegado: señora. Ningún apelativo le permitiría sobrellevar sus inseguridades mejor que su propio nombre, por mucho que eso traumatizara a su hijo de dos años. Y es que el paso del tiempo la aterra y la maternidad lo hace tan evidente... En definitiva, para Amanda Wakefield es preferible obviar que tiene un hijo de treinta y dos años. Pero no pasa nada, ya lo tengo superado.

_En fin, quería saber si podía contar contigo para este sábado. ¿Recuerdas la proposición que te hice hace tres meses? Quisiera llevarla a cabo este fin de semana.

_¡Después del favorazo que me hiciste, estoy a tu disposición las veinticuatro horas del día!

_No exageres, tampoco fue para tanto, necesitabas a alguien que buscarse tu talento y, casualmente, yo conocía a la persona que sabría valorarlo _respondo con modestia_. Y dime, ¿ya tenéis fecha para el estreno?

_A mediados de marzo _responde, entusiasmada, aún en una nube.

_Mentalízate, porque a partir de entonces empezarán a lloverte los papeles _la adulo.

_¡Ojalá, solo espero no cagarla... Mi personaje lleva todo el peso de la obra, apenas salgo del escenario dos segundos. ¿Y si se me seca la boca? ¿Y si me bloqueo cuando esté sola en el escenario? ¡Oh, pero que niña soy, me llamas desde Nueva York, no puedo entretenerme con mi pánico escénico! Cuéntame, ¿adónde iremos? ¿Es un sitio elegante? ¿Debo comprarme algún vestido para la ocasión?

_Si fuese el caso, todo corre de mi cuenta, ya sabes.

_¡De eso nada! Además, necesitaré nuevos modelitos para lucirme en las galas. Igual me dan el Max a mejor actriz protagonista, nunca se sabe _la voz de Lorena está cargada de optimismo.

_Había pensado en un vestido oscuro, entallado y sexy. Medias negras, tacones de aguja. Quizás una peluca rubia, una melena larga y exuberante. Mucho maquillaje, pestañas postizas, un buen perfume... Un escote sugerente y descarado, si tienes algún *push up* mejor, pero nada obsceno. No busco una ramera de tres al cuarto que haya recogido en el Camp Nou, busco una *acompañante* sofisticada y despampanante.

La camarera, de rasgos latinos, escucha mi conversación disimuladamente mientras me sirve el cappuccino. Por su forma de desviar la mirada, es evidente que no hablo un idioma desconocido para ella. Acostumbrado a ser el eterno forastero en la ciudad, me confié pensando que nadie entendería el español. Ahueco la mano para hablar más bajo, sonrojándome, y la camarera se aleja, conteniendo la risa.

_Mi vecina tiene un abrigo de piel sintética que nos irá que ni pintado, se lo pediré. Y ahora, define mi carácter. ¿Soy encantadora o una zorra odiosa? _sigue Lorena, tomando nota y atemperando mi rubor. Me alejo de la barra, con el ardiente vaso abrasándome la mano y respondo en cuanto he ganado distancia.

_Superficial, engreída. Estás acostumbrada a que te concedan caprichos. Suelen sacar beneficio de tus relaciones, pero, aunque derrochas elegancia, intelectualmente tienes pocas luces. Lo siento, no eres una chica muy culta. Tampoco quiero destruir su autoestima, ¿entiendes?

_Vale, guay, una cazafortunas remilgada que utiliza todos sus encantos para sacarte hasta la cera de los oídos. Ya sé por dónde vas, tranquilo, ese papel lo bordo. No tendrás ninguna queja. Pero, ahora en serio, ¿crees que esto funcionará? Porque si yo fuese ella, me pillaría un rebote...

Lo maduro un segundo y esbozo una amarga sonrisa que Lorena no puede apreciar.

_Por extraño que parezca, es lo único que surte efecto _confieso, resignado.

BARCELONA

Sábado, 11 de febrero de 2012

Marta

_¡¡Maaaartaaaaa!!

Nada más entrar en la cocina, Xabier ruge mi nombre hasta desgastármelo. Según va ladrando a los cocineros, lleva más de veinte minutos buscándome por todos los recovecos del restaurante: empezó por los aseos, mi lugar predilecto para el escaqueo, después subió a la sala de celebraciones de la primera planta, donde hoy se celebra una despedida de soltero, luego regresó a la barra del bar, pero tampoco me encontró entre los guiris que se hinchan a cerveza y enloquecen con nuestras tapas, y finalmente, se asomó a la terraza aclimatada con estufas de exterior donde, cuatro pirados, toman raciones de pulpo a la gallega mientras diluvia. Al no dar conmigo, su última alternativa era volver al punto de partida, o sea, a la cocina.

_¡Pero dónde narices se ha metido! _Comparados con sus lardidos, el cacharreo de sartenes y el *tac, tac* de los cuchillos, son como el imperceptible zumbido de un mosquito tigre.

Ya lo imagino, con la cara al rojo vivo, como las gambas de Palamós que se tuestan sobre la parrilla.

_¡Esta cría está jugando con fuego!

Y por lo visto, estoy a puntito de abrasarme. En cuanto se acerca a mi escondite en la despensa, me atrincheró tras un pilar

de botellines de cerveza, cruzando los dedos (¡como si ese gesto me hiciera invisible!)

_¿La habéis visto? _interroga a los pinches y al friegaplatos. Todos saben dónde estoy, pero no les apetece meterse en fregados y, mucho menos, verse en el aprieto de defenderme_. ¡Los clientes de la mesa diez llevan un buen rato esperando y su descanso terminó hace más de quince minutos! ¡Esta vez SÍ me va a oír!

Uf, por los pelos. Aunque suene superestúpida tengo una buena excusa. Había aprovechado ese descanso de cinco minutos que mis compañeros suelen invertir en la nicotina, para avanzar un poco en la lectura del último libro de Gloria Latorre y, a veintiséis míseras páginas del final, no podía volver al trabajo con el comecome del desenlace, así que me he columpiado un poco, más o menos, un cuarto de hora. Sí, ya sé que es una gilipollez arriesgar el puesto de trabajo que me permite pagar el alquiler de mi miserable habitación de dos metros cuadrados, por terminar un puñetero libro, pero cualquier fanático de Gloria Latorre estaría de acuerdo conmigo en que “Viento estático” es la novela más adictiva que jamás ha escrito.

Pero, en fin, por mucho que sus páginas me transporten a universos imaginarios, en la Tierra sigo estando en apuros.

_¡Qué ganas tengo de que vuelva Olivia! _clama Xabier, recordándome lo inmediato que será mi despido cuando ella se reincorpore tras su baja de maternidad. Esa excedencia que iba a durar unos mesecillos y que ya se prolonga más de año y medio, mantiene mi contrato con vida_. ¡En qué momento me fiaría de su recomendación y la contrataría!

Hace cuatro veranos Olivia y yo trabajamos juntas en un chiringuito de Castelldefels, después mantuvimos el contacto y al quedarse embarazada enseguida abogó por mí para cubrir su plaza de camarera, seguramente porque eso la tranquilizaba: con lo desastre que soy y el poco entusiasmo que pongo en todo, Xabier jamás me elegiría para reemplazarla.

Antes de que me descubra y se lie parda, escondo el libro detrás del congelador industrial de los helados y apago la linterna del móvil, para no delatar mi posición. A la desesperada, examino las paredes en busca de una ratonera por la que colarme, pero Sanidad premiaría el orden y la limpieza de este almacén: sólo refrescos, latas, agua embotellada y una puerta cerrada con llave que conduce hacia la bodega. Sería una excelente vía de escape si pudiese abrirla, pero sólo tres personas tienen acceso a ella: el propietario, el maître y el sumiller, para los demás es terreno prohibido desde que un camarero listillo se dedicó a saquear poco a poco la bodega y a subastar botellas de gran reserva online.

_Creo que la vi entrando en los servicios hace rato, quizás esté en “uno de esos días”... _insinúa Teo, entre comillas.

_O se le soltó el vientre, esas cosas ocurren _opina Juanito, el friegaplatos, con su acento mejicano.

_O está embarazada y el marisco le da arcadas _suelta Roxy, en tono de burla, dando por sentado que eso es imposible pues, para una boba como ella que coquetea con todos los clientes que pisan el restaurante, mi desinterés absoluto por el sexo masculino es como una disfunción mental inexplicable.

Al poco, todo el personal de la cocina quiere meter cuchara para sacar a Xabier de sus casillas, así, cuando me encuentre, ya estará tan desquiciado que me arrancará la cabeza de un mordisco: que si me estoy liando un canuto en el baño, que si me estoy zampando las sobras de las mesas a escondidas, que si estoy hablando con mi psiquiatra por teléfono...

No suelo caer bien a la gente, a la vista está. De hecho, en todo el tiempo que llevo trabajando aquí no he hecho amistad con nadie. Según ellos, soy una antipática. El cariño es mutuo, pero necesito el curro o, mejor dicho, el dinero del curro, así que lo llevo bien, tan bien como lo llevaría un pulpo dentro de una piscina olímpica llena de lejía.

En fin, tanta bromita hincha las narices de Xabier que enseguida renuncia a su colaboración y sale a buscarme fuera del restaurante.

¡Es la mía!

La chusma de la cocina aplaude cuando salgo de mi escondrijo.

_Te has metido en un buen lío, guapa. El jefe está que echa humo contigo _me aclara Roxy, alcanzando un pedido con un contoneo de camarera sexy y eficiente.

No se resbalará, no.

Para qué voy a perder el tiempo discutiendo con esa bruja con nombre de actriz cursi. Tengo que aprovechar que Xabier sigue en la calle y atravesar medio restaurante para atender a esa gente que, según él, lleva tanto rato calentando la silla. Digo según porque Xabier tiende a exagerar. No me extrañaría encontrarme la mesa vacía.

Para colmo, el restaurante está a petar, lo que convierte el desplazamiento en una yincana. Esquivo mesas y driblo sillas, pisoteo un abrigo de piel, que en otra vida fue una camada de visiones, choco contra el carrito gemelar de unos mellizos, que se despiertan asustados por el encontronazo y rompen a llorar. Al verme correr así, algunos clientes lo interpretan como amenaza de explosión de gas en la cocina, los demás adictos al marisco, siguen chupando cabezas de gamba, como si nada.

El local es tan inmenso que me parece que nunca llegaré a la dichosa mesa a tiempo de librarme de esa bronca, pero finalmente lo consigo y sin que Xabier me eche el guante.

La mesa diez, más conocida entre nosotros como el Bote del Amor, está en el rincón más privilegiado del restaurante, ante las fabulosas vistas de la principal atracción del *Pop á feira*: una inmensa pecera de dos metros de alto por tres de ancho. Aislada con una preciosa celosía de madera y resguardada por una columna que imita al mástil de un viejo bergantín, los comensales pueden engullir marisco en total intimidad, mientras observan ese relajante pedacito de fondo marino que recuerda a los documentales de los arrecifes de coral de Australia.

¡Cuántas veces me habré ensimismado contemplando estos pececitos multicolores, imaginándome buceando lejos de aquí, mientras sirvo *fideuàs* y cócteles de gambas! ¡Y qué frustración siento al verme atrapada dentro de este uniforme y en esta vida improductiva e insulsa, donde se amontonan las decepciones!

Suspiro mirando a los peces, preguntándome cuándo narices me atreveré a perseguir mis sueños.

¡Despierta, Marta!, me avisa mi sentido arácnido cuando veo a Xabier reflejarse en el cristal de la pecera, entrando por la puerta de la terraza, echando humo por las muelas.

Con habilidad de ninja, me escondo tras el mástil y tecleo sobre el comandero electrónico el número de la mesa. En cuanto mi jefe pasa de largo, me pongo manos a la obra.

Si hay algo a destacar de la mesa 10, es su elevado porcentaje de declaraciones de amor y proposiciones de matrimonio. Al amparo de la celosía, los hombres se sueltan fácilmente porque, en caso de cagada máxima, nadie podrá percibir cómo se les cae el alma a los pies o el corazón se les hace añicos ante las calabazas, sólo la mujer a la que han perdido, en caso de que aún siga sentada a la mesa, claro. Por lo general, el triunfo está garantizado en un 98% de los casos. Sin embargo, para los camareros es una mesa comprometida y empalagosa. A menudo interrumpimos besos apasionados, piropos guarretes o manitas bajo la mesa, lo que nos convierte en los aguafiestas de la noche. Y por lo que se ve, hoy me ha tocado a mí ser el bicho malo del cuento.

En fin, la parejita es perfecta. Cuando me acerco, la Barbie a tamaño natural usa la cuchara como espejo, asegurándose de que el pintalabios sigue en su sitio. Con el dedo retoca las comisuras de sus carnosos labios de color granate. Su escote, deja poquísimo a la imaginación y, según mi opinión, lleva la espalda demasiado al aire para estar en pleno invierno. Por su parte, su tímido acompañante, se parapeta detrás de la carta de vinos como esos ejecutivos de las películas americanas que, ocultos tras el Financial Times, toman café mientras sus hijos preadolescentes tiemblan al prepararse, para ir a la escuela por el

bullying. Lo poquito que se deja ver, sintoniza con su pareja: reloj de pulsera caro, camisa blanca impoluta y ceñida, marcando bíceps, y unos aires inaguantables. Enseguida, me dejo llevar por mis prejuicios: no parecen clientes campechanos. Por la ropa que visten, diría que para ellos viajar en metro es deporte de riesgo.

¿Hoolaaa? ¿Ninguno se ha enterado de que la camarera espera y espera?

_Buenas noches, ¿han decidido ya que tomarán? _pregunto, educadamente, para romper el hielo.

La maniqué se encoge de hombros, frunciendo morritos, sin dirigirme la mirada y sigue concentrada en el reflejo de la cuchara, la muy narcisista.

Empuñando el lápiz táctil del comandero electrónico, me decanto por la parte masculina de la pareja, esperando que sea más comunicativo. Pero cuando el desconocido decide darse a conocer, mi carita autómeta de camarera adorable, se me cae a los pies como una máscara de porcelana.

¡Ahora entiendo porque el imbécil se escondía tras la carta de vinos porque quería evitar que echara a correr! Le hacía en Nueva York, codeándose con la flor y nata del cine, el teatro y la pasarela. ¡Lejos! ¡Bien lejos de mí!

¡Adiós a la paz que he disfrutado estos dos meses! ¡Adiós a los desayunos en la cafetería de la editorial! ¡Bienvenido, señor insomnio!

Inmediatamente me arde de estómago.

El muy idiota sonrío, mi cara de espanto le ha alegrado la noche.

Como si de pronto volviese a regarle la sangre en el cerebro, la rubia aparca la cuchara y coge el menú para silbarme los entrantes, pero él se le anticipa, la mar de galante, fanfarroneando en inglés con mucha soltura.

_Goog night. My partner wants...

_Si quería que le tomasen nota en inglés, ¿por qué pidió las cartas en español? _interrumpo su fantasmada, mirándolo con rabia. Sabe de sobra que sólo domino dos lenguas: catalán y castellano, hablándome en inglés lo único que pretende es humillarme.

La modelo parpadea, pasmada. ¡Menudos modales, los de la camarera!

Él, no pierde la sonrisa.

_Tiene razón _se disculpa, sin arriesgarse a tutearme_. Pensaba que en un restaurante de esta categoría el personal estaría a la altura, pero, en fin, se lo pondré más fácil _ojea de nuevo el menú y traduce_. Ella tomará el *tartar* de atún y yo, las cocochas de merluza con almejas.

¡Buf! ¡Cómo le encanta ningunearme! Cuando permanece en la ciudad nos vemos a diario en el Grupo Editorial Xifré, pero aquí es un cliente, y yo una simple camarera. Obviamente, perdería puntos ante la rubia si ella se enterase de que conoce a una Don Nadie como yo.

Marco el pedido a toda prisa, ansiosa por escurrirme de esta trampa cuanto antes. Le arranco la carta de los dedos, ásperamente, y regreso a la cocina.

¿Qué coño pretende? Hay cientos, ¡miles! de restaurantes en toda Barcelona y tiene que venir precisamente al mío. ¡Cómo si

no tuviese bastante con las visitas de mi hermana cuando me trae a todos sus ligues, ahora viene este, con su souvenir americano, a hincharme las narices!

No es casual. Me susurra esa vocecilla interior. Por supuesto que no.

Pues yo también puedo ningunearle. No es nadie. Nunca fue nadie.

Pues eso. No conseguirá molestarte.

En cuanto les sirvo los entrantes, me relajo. Lo único que tengo que hacer es servirle su puñetera comida y atender al resto de mesas. Podré soportarlo.

Pero, ¡qué tonta soy!, casi olvido que Alexander Xifré vive y respira para hacerme la vida imposible. Para empezar, intercambia el asiento con la Barbie de morritos inyectados, porque el mástil le impide controlarme y, desde su nueva posición, escucharé mejor el chasquido de sus dedos cada vez que me reclame.

Empieza el ataque. Me huelo dos horas terribles. Dos y media si se entretienen en la sobremesa.

Vuelve la migraña. La rigidez de hombros. Las ganas de morisquearme las uñas, con lo feo que quedaría eso delante de los clientes.

Señorita, ¿puede traernos una copa limpia? ¿Nos sirve una ración de ostras? El vino está demasiado frío. Tráigame otro tenedor, este se nos ha caído al suelo. ¿Qué postre nos recomienda?

Por desgracia no tengo autoridad para prohibirle la entrada, pero siempre lo recordaré como uno de los clientes más tocapelotas que ha pisado la marisquería.

Por su parte, la rubia le ríe todas las gracias. Le da a probar todos los platos. La mar de coqueta, balancea con la punta de los dedos el zapato de tacón de aguja y le hace piecitos.

Y Álex está disfrutando como un enano. Se le cae tanto la baba que parece un caracol con incontinenencia salival. Y encima, no para de dar la nota subiendo la voz y riendo a carcajadas con los patéticos chistes que esa cabeza hueca le susurra en inglés.

Lo juro, cuando piden la cuenta, casi rompo a llorar.

Mientras el precioso souvenir americano se *empolva* la nariz en el baño, él la espera a la mesa, terminándose el cortado a sorbitos. Bien repanchingado y con colorete, parece un pelín achispado por las dos botellas de vino que se han pimplado a lo tonto.

Aunque aún no ha terminado, recojo el mantel, invitándolo a largarse y preparo la mesa para nuevos clientes.

_He vuelto _sonríe alegre, iluminando el restaurante con esa dentadura blanqueada. Siempre obtiene lo que se le antoja con su arrebatadora sonrisa. Pero, gracias a Dios, enseguida aprendí a desconfiar de esa perfecta hilera de dientes relucientes.

_Pues qué bien _respondo sin ganas, soltando un bufido que me eriza el flequillo_. ¿Qué pasa? ¿Los neoyorquinos te han repatriado o echabas de menos mortificarme? _confirmo, sin dignearme a mirarlo.

_¿Mortificarte? _responde con voz grave_. ¿Eso crees?

Entorna sus ojazos azules tras la taza y ronronea como un gato salido, mirándome descaradamente el culo cuando me inclino.

_El uniforme te sienta muy bien, ocho y medio sobre diez.

Arrojo los cubiertos sobre la bandeja, aclarando con mi mala uva lo poquito que me interesan sus puntuaciones.

Cauteloso ante tanto objeto punzante, coloca la taza sobre la bandeja, como si quisiera ahorrarme faena.

_Aterricé esta mañana _me informa, limpiándose la espumilla del café con la servilleta.

_Y no podías esperar hasta el lunes para acribillarme con tus humillaciones. Tenías que venir aquí _le reprocho con ganas de arrearle una buena bofetada con la mano abierta. Siempre saca lo peor de mí y como continuamente lo tengo a mi vera, ha conseguido que la humanidad crea que soy prima-hermana de Shrek_. ¿Por qué has venido? _le recrimino sin rodeos, a boca-jarro.

Su respuesta es una carcajada nerviosa. Sin más, se acaricia la frente y echa un vistazo al pasillo que conduce a los lavabos.

_¿El martes... también trabajas aquí? _alcanza la factura y ojea sin palidecer el dineral que se han llevado al estómago entre el marisco y las dos botellas de gran reserva. Se saca la cartera del bolsillo y tras posarla sobre la mesa, la cubre con su mano.

_¿Para qué? ¿Para repetir la experiencia? _gruño al comprender que no piensa soltar un euro hasta que el interrogatorio termine.

_Más o menos _contesta con una media sonrisa poco efusiva, entrando en esa fase de bajón alcohólico_. ¿Trabajas o no? _insiste, cuando aparco la bandeja sobre la mesa y le retuerzo los dedos uno a uno para alcanzar su billetera.

_¿Qué más te da! _bufo, haciendo fuerza.

_Es San Valentín.

_¿Y qué?

Agarra la cartera con más fuerza. Gustosamente le clavaría un tenedor, pero no voy a arriesgar mi puesto de trabajo por un breve ensañamiento catártico.

_¿No cenarás con “él”?

“Él” es Julián, mi Julián, el único que quiere a este ogro tal y como es, sin aspirar a que sea una niña mona, o una eminencia en cualquier cosa que me proponga.

_Está en Argentina _le aclaro.

_Oh, vaya, ¿y no te sentirás sola en un día tan especial?

_¿Especial? ¡Venga ya, Álex! San Valentín sólo es una fecha de consumo compulsivo ideada por los comercios para cerrar el mes de febrero con un pequeño margen de beneficios. Él lo sabe y yo también.

_En Estados Unidos es un día muy especial y tú te has cargado toda la magia en dos segundos _le da pena que sea tan escéptica.

_Oh, no sabes cuánto lo siento _digo con falso arrepentimiento.

Le pellizco la mano de sopetón, sin miramientos, pero ni se inmuta. Los clientes de la mesa más cercana, alucinan y agarran sus bolsos.

_Si es una fecha consumista y no significa nada, cenemos juntos _propone, guardándose la cartera en el bolsillo del pantalón, bien arrimadita a la entrepierna.

_¡Y un cuerno! _respondo, maquinando cómo hacerme con dinero sin rozarle el paquete. Empiezo a barajar toda la cubertería que tengo a mano, pero ninguna herramienta parece útil para eso.

_¡Vamos, ayúdame, si ceno con *ella* se pensará que lo nuestro va en serio! _confiesa, por lo bajini, horrorizado, ladeando la cabeza en dirección a los servicios. ¡Tanto que disfrutaba hace dos minutos, el hipócrita!_. ¿Acaso me ves con una mujer así?

_Oh, no, claro que no, Álex. La pobre chica puede aspirar a más.

Aparta las migas que han caído sobre la mesa al quitar el mantel, decepcionado y cabizbajo.

_¿Por qué me quieres tan mal? _murmura, haciéndose el ofendido.

Si no lo sabes tú...

_No puedo perder el tiempo, tengo trabajo. ¡Págame de una puñetera vez, leches!

_Si cenas conmigo el martes _¡Y dale!_. Así podré contarte cómo me fue por Nueva York. Tengo unas anécdotas buenísimas.

_Cuéntaselo a quién le interese _me encojo de hombros, decidida a pedir refuerzos_. Tú lo has querido, le diré a Xabier que vaya llamando a los Mossos porque se nos ha colado un caradura sin blanca.

_Vamos, Marta. Soy el heredero de un gran imperio editorial y tú eres la única mujer que conozco que no quiere echarme el lazo _se vanagloria, la mar de modesto_. A tu lado, no corro ningún peligro. O... ¿me equivoco?

_Si el lazo es al cuello, cuenta conmigo _le estrecho la mano, como si cerrara el trato.

_Todavía no me has dicho si trabajas o no, te aviso que puedo averiguarlo _insiste, achicando los ojos.

_¡Pero mira que eres plasta! Solo trabajo aquí los fines de semana, pero no cenaría contigo ni muerta, ¿estás contento?

Por su sonrisa, se diría que sí.

_No te preocupes, tranquilizaré a Julián cuando regrese de los Andes diciéndole que su niña le es tan fiel como siempre.

_¿Ahora eres su espía?

La rubia por fin se ha recompuesto y vuelve con pasos cruzados de pasarela, ahuecándose la melena.

_Venga, Marta, si ese día no significa nada para ti, cena conmigo. Si tengo un compromiso previo *nadie* podrá atosigarme con la maldita fecha _susurra, entre dientes, ofreciéndome la Visa.

Mi elocuente dedo corazón resume la respuesta mejor que mis labios. *¡Ponte aquí y baila! Si las mujeres te agobian, es un problema que te has ganado, así que apechuga con ello, guapito.*

BARCELONA

Sábado, 11 de febrero de 2012

Alexander

Cuando salimos del *Pop á feira*, una leve llovizna cae sobre los barcos atracados ante el paseo de Joan de Borbó. Mientras esperamos que amaine, ayudo a Lorena a ponerse el abrigo con un exceso de galantería.

_Lo has hecho muy bien _la felicito.

_Lástima que no haya funcionado _responde, con una mirada compasiva al volverse hacia mí.

Mi traviesa sonrisa la desconcierta. Según ella no tengo motivos para alegrarme, Marta ha sido una camarera antipática y desagradable que no disimulaba sus ganas de perdernos de vista. Para colmo, ha vuelto a negarme una cita. Tampoco parece que este teatrillo haya mejorado nuestra relación, más bien lo contrario.

_La has puesto celosa, ese era mi objetivo de esta noche _le aclaro.

Lorena se ríe por lo bajo, eligiendo un cigarrillo de la pitillera metálica que define al personaje que acaba de interpretar. La verdad es que no me equivoqué al recomendarla, sus dotes escénicas son excepcionales y ha cuidado todos los detalles. No cabe duda que llegará lejos sobre el escenario.

_Empezaba a sentirme incómoda. Tu chica tiene malas pulgas _con el cigarrillo en los labios, adoptando una pose de Rita Hayworth en Gilda, aguarda que le encienda el pitillo. Alcanzo el Zippo que llevaba en el bolsillo, a la espera de este momento, y prendo la llama.

Aunque enseguida se prestó a esta pantomima para que pudiese acercarme a mi chica y robarle unos preciosos segundos de su vida, probablemente Lorena no logra comprender qué me atrae tanto de Marta. Mi musa no tiene un físico espectacular, ni unos rasgos destacables por su exotismo, su estatura entra dentro de la media española, su cabello castaño y su anatomía delgada, no son deslumbrantes, ni siquiera sus preciosos ojitos de color avellana, son dignos de mención. Y eso es porque Marta se esfuerza muchísimo en ocultar sus innumerables encantos y gracias a sus hábiles dotes para el camuflaje, pasa inadvertida a todo aquel que la mire por descuido. Pocos conocemos esa personalidad tan magnética y sorprendente que entierra baja tanta normalidad, una explosión de vitalidad reprimida que cada día que pasa, menos se deja ver.

_¿Has visto la cara que ha puesto cuando le has pedido tres veces una sacarina y ella no te entendía? _le recuerdo, visualizando el rostro colorado y ofendido de nuestra camarera.

_Menos mal que se lo has aclarado a tiempo, creí que me arrancaba la peluca de cuajo. Forma parte del atrezzo de mi personaje en la obra y la he cogido sin permiso. Es de pelo auténtico, ¿te imaginas que me la destroza? ¡Qué papelón!

La lluvia amaina, poco después de que ella termine su cigarrillo. Enseguida emprendemos el camino hacia el coche, despacio, como una pareja que se abriga mutuamente en una noche fría y húmeda de febrero. Cuando rodeo los hombros de mi amiga con el brazo, solo lo hago con la enfermiza ilusión de que esa mujer que está enquistada en mi corazón, nos observe a través de los ventanales del restaurante y se muera de celos.